

Hablar en turco, en griego,  
En árabe y en persa?

Pues si le juzgas sabio,  
¡Oh Elisa! ¡cuánto yerras!  
Lo mismo hace Dalmiro  
Si bebe azumbre y media.

XVI.

En mi vida he pasado  
Tan bárbaro martirio  
Como el que tuve un lunes,  
Que es despues del domingo.

El mísero abandono  
Me tenia abatido;  
Salía de un desmayo,  
Y entraba en un deliquio.

¿Y cuál era la causa  
De dolor tan impío?  
No haber en todo el dia  
Probado miaja el vino.

XVII.

Ese que veis, amigos,  
Meditabundo y serio,  
Tez morena, ancha frente,  
Ojos tristes y negros;

Largo, tirado, enjuto,  
Desdeñoso el cabello,  
De la melancolía  
Retrato verdadero;

El párpado marcado,  
El labio inferior grueso,  
Y el superior mas chico,  
Nunca á reir dispuesto;

Ese, en fin, cuyo rostro,  
Si lo mirais atentos,  
Severidad respira  
Desde la barba al pelo....

Sabed que se alegraba  
En mas felices tiempos,  
Y jugaba y reia  
Al vino haciendo versos.

V.

LA LECCION DE GUITARRA.

ANACREONTICAS A BETINA.

ANACREONTICA I.

Toma, Betina mia,  
Toma, adorada prenda,



En tus hermosas manos  
La armónica vihuela.

Y al eco enamorado  
De las sonoras cuerdas,  
Acabarán mis ansias,  
Espirarán mis penas.

Canta, adorada mía,  
Las amorosas letras  
Que el corazón inflaman  
Y el oído enajenan.

Canta el poder divino,  
La mansedumbre bella  
De los hermosos ojos  
Que labran mi cadena.

Canta *la ingrata*, canta  
Las lágrimas acerbas  
Que vierte en su retiro  
La mísera Estranjera.

A tus sonoros ecos  
Sonreirá la tierra,  
Liquidaráse el hielo,  
Florecerá la selva.

¿Qué podrá resistirse,  
Betina, á tu voz tierna,  
Si dulce la acompaña  
La armónica vihuela?

Para cantar se hicieron  
Sus amorosas cuerdas:  
La queja y el suspiro  
Suenan mejor con ellas.

Canta pues, y yo en tanto,  
Oyendo tus cadencias,  
Con justa vanagloria  
Diré: "Mi alumna es esta."

Alumna inexorable  
Cuyo desden me hiela,  
Y de mi mal se rie,  
Y á quererme se niega.

¿Por qué, Betina mía,  
Tan bárbara dureza?  
¿Por qué....? Mas no te enojen  
Mis amorosas quejas.

Que pues mi amor te enfada,  
Muda será mi lengua,  
Con tal que me permitas  
Que tu maestro sea.



No serán ya mis labios  
Los que á hablarte se atrevan;  
Será, Benita mía,  
La armónica vihuela.

ANACREONTICA II.

No te mires, Betina,  
Cuando tocas, los dedos,  
Que Aguado lo reprueba,  
Y yo no lo consiento.

Y observarse las manos,  
Ademas de ser feo,  
Impide á la soltura  
Sus rápidos progresos.

¿No conoces, bien mio,  
Que dirán cuatro necios,  
Si los dedos te miras,  
Que te enamoras de ellos?

Tiende pues á otra parte,  
Al jardín por ejemplo,  
A la selva, ó al rio  
Los graciosos ojuelos.

Y si de vez en cuando  
Quieres en mí ponerlos,

Ya lo sabes, Betina,  
No he de reñir por eso.

ANACREONTICA III.

Deten, deten, hermosa,  
Tu rigor y tus iras,  
Y no porque he faltado  
A la leccion, me riñas.

Cuatro dias han sido  
Los que falté, Betina,  
Pero la causa ignoras  
De la conducta mia.

¿Ocupacion? Ninguna.  
¿Olvido? Tú deliras.  
¿Qué ocupacion, qué olvido  
En quien ama cabrian?

Mi bien, estuve enfermo:  
¡Pues qué! ¿no te lo indica  
Mi lánguida mirada  
Y mi color perdida?

Dolencia fué sañuda  
Que amenazó mis dias,  
Fiebre tenaz, ardiente,  
Como la llama mia.



¿Pero qué es lo que miro?  
¿Te muestras compasiva?  
¿A piedad te ha movido  
Mi narracion sencilla?

¡Oh Dios! ¡oh prenda amada!  
Segura es ya mi dicha:  
Si compasion me tienes,  
Aun me amarás un dia.

ANACREONTICA IV.

No indiferente mires,  
Betina encantadora,  
La armónica vihuela  
Que entre las manos tocas.

Su apacible sonido,  
Su figura donosa,  
Dignos son de llamarte  
Su bella pulsadora.

Mira su mástil, mira  
Cuán bello se prolonga  
Como el cuello del cisne  
Que sobre el agua asoma.

Mira su clavijero  
Do las cuerdas se arrollan

Como la flor y el rizo,  
En la sien de una hermosa.

Convexos los costados  
En línea tortuosa,  
La superficie imitan  
De tus nevadas pomas.

De ellas sale el suspiro  
Por tu divina boca:  
De ellos por la abertura  
Salen tambien sus notas.

Toma pues en las manos  
La vihuela sonora,  
Como toma á su niño  
La madre cariñosa.

¿Te sonries, Betina?  
Tiende la vista ahora  
Al espejo que enfrente  
Representa tus formas.

Mírate en él. ¡Dios mio!  
Esa actitud airosa  
Que miras, á tí misma,  
Díme, ¿no te enamora?

¡Oh, cuánto de realce  
Te dá, si bien lo notas,



Ese laud divino  
Que en tu falda se posa!

Deja, Betina mia,  
Que entusiasmadas otras  
Al piano se sienten  
Por placer, ó por moda,

Que por mas que se ensalza,  
Y por mas que se encomia,  
Instrumento parece  
Que desdice de hermosas,

El que se pone enfrente  
De alguna que lo toca,  
Do la mitad del cuerpo  
La vista apenas goza.

Y aunque todo lo vea,  
Con ello al fin ¿qué logra?  
Contemplarla sentada  
De mucha ceremonia.

No así, Betina mia,  
La guitarra donosa,  
Que ni cubre tu cuerpo,  
Ni tu talle me roba.

Nosotros el piano,  
La vihuela vosotras,

Que á la fea dá gracias  
Y á la bella las dobla.

Guitarrista te quiero,  
Pianista me enojas:  
Deja pues el piano  
Y la guitarra adopta.

Con ella los pintores  
A los ángeles copian:  
Aun no he visto un piano,  
Oh Betina, en la gloria.

Pero cítaras veo,  
Y laüdes y violas,  
Y arpas, plectos y liras,  
Y testudos y conchas.

Y negarme no puedes,  
Aunque no eres pintora,  
Que los pintores saben  
Lo que son esas cosas.

Y ademas, la guitarra  
Es muy chusea, muy mona,  
Muy no sé qué, Betina. . . .  
En fin, muy española.



ANACREONTICA V.

Betina, cuando cantas,  
Y en sonoros ecos  
Alzas la voz divina  
Que en dón te ha dado el cielo,

¿A quién se debe, dime,  
Si no es á tu maestro,  
La espresion con que rindes  
Corazones de hielo?

Eras hermosa un día;  
Mas tus hechizos bellos  
La vihuela y el canto  
Mayores los han hecho.

Con ellos has vencido  
A mi rival funesto,  
Que yo te doy las armas  
Contra mi mismo pecho.

Y al ver que por el triunfo  
Ni aun gratitud te debo,  
Debiendo aborrecerte,  
Te idolatro mas ciego.

Y sigo en darte gracias  
Que cedes á otro dueño,

Y cada vez te adoro  
Mas infeliz, mas necio.

ANACREONTICA VI.

¿Cómo será posible,  
¡Oh Dios! que el que te vea  
Del triste amor rehuya  
La mísera cadena?

El sol de medio día  
Que abrasa y centellea,  
A tus divinos ojos  
Les dió su lumbre bella.

Tiñó tu blanco rostro  
La cándida azucena,  
Y tus hermosos labios  
La flor que Vénus precia.

No tiene tu mejilla  
Color: si lo tuviera,  
No fueras hoy la imájen,  
Mi bien, de la modestia.

¿Y tu cintura hermosa?  
¿Y aquella gentileza  
Con que danzando ajitas  
La placentera huella?



Vénus te tiene envidia,  
Vénus te confundiera  
Al verte entre sus gracias,  
Si no eres una de ellas.

Mas ¡ay! que en este día  
A tan hermosas prendas  
Añades la del canto,  
Y mi desdicha es cierta.

Un hombre mas dichoso,  
Mas no que te merezca  
Tanto cual yo, Betina,  
Se adornará con ellas.

¡Oh, no, Betina amada!  
Son mias, no las vendas:  
Yo te las doy, y es justo  
Que al fin me las devuelvas.

ANACREONTICA VII.

Si prosigues, Betina,  
Aplicada al estudio,  
Dentro de pocos días  
Tocarémos á dúo.

¡Oh, qué bello en la noche,  
Sin ruido importuno.

Es oír dos vihuelas  
Concertando sus puntos!

Dos amantes parecen  
Confundidos en uno;  
Dos hermanas, dos madres  
Conversando á su turno.

Si tocándola sola  
Es tan dulce su arrullo,  
¿Qué será cuando suene  
Concertado nocturno?

Yo vibraré, Betina,  
Los sonidos oscuros  
Del bordon, mientras bella  
Tú herirás los agudos.

Y veloces mis dedos  
Siguiendo tus preludios,  
Te diré mas afanes,  
Me dirás tú los tuyos.

Y verás de armonía  
Cuán rico y cuán fecundo  
Es el bello instrumento  
Que desdeñan algunos.

Sigue pues, oh Betina,  
Con tus bellos anuncios,



Y de Sor y de Aguado  
Aprovecha el estudio.

Porque yo no descanso  
Hasta que ambos en uno  
La vihuela toquemos,  
¡Oh mi Betina! á duo.

ANACREONTICA VIII.

Hora, Betina amada,  
Que el apacible velo  
Tendió la oscura noche  
Insinuando el sueño:

Hora que adormecidos  
Callan la tierra y cielo,  
Que el mar perdió su furia  
Y está sin movimiento:

Que las flores cesaron,  
Y cesaron los vientos,  
Ellas de ser mecidas,  
Y de mecerlas ellos:

Nosotros, prenda amada,  
La vihuela templemos,  
La medrosa vihuela  
Amante del silencio;

Y el grande poderío  
De su apacible acento  
Sentirás, que las gracias  
Y amor le concedieron.

No presume los sones  
Del piano soberbio,  
Ni su arrogante estilo,  
Ni sus altivos ecos:

Ni sus cuerdas pudieran  
Despertar en el pecho  
Las terribles pasiones,  
Los guerreros afectos.

En la callada noche  
Ella ejerce su imperio,  
Despierta la ternura,  
Inflama el sentimiento.

Cada són que produce  
Es un quejido tierno;  
Sus voces son suspiros,  
Querellas son sus ecos.

¿Pero tu pecho late?  
¿En giro violento  
Tu sangre se enardece,  
Idolatrado dueño?



¿El medroso suspiro  
De la mansion del pecho  
Saliera involuntario  
A hender el vago viento?

¡Oh Dios! ¿si por ventura  
De tu desden el hielo  
Templó, Betina hermosa,  
La cítara gimiendo?

¿Si mi anhelada dicha  
Cierta será? Amor tierno,  
Dulce amor. . . . si he vencido,  
De mi alegría muero.

Mas ¡ay! que rubicunda  
El alba en sus destellos  
Anuncia ya del dia  
El resplandor funesto.

El ave abandonando  
Su aletargado sueño,  
Su venida celebra  
Con sonoro gorjeo;

Y el aire bullicioso,  
Y el sonante arroyuelo,  
Y la cancion que entonan  
Pastores y labriegos,

Todo anuncia el ruide  
Del dia que bien presto  
Va á relucir, del dia  
Que infeliz aborrezco.

La vihuela no suena:  
Sus ecos placenteros  
Al bullicio importuno  
La majia ¡ay Dios! perdieron.

Y la ingrata que niega  
A mi cariño el premio,  
De nuevo se amuralla  
Con el rigor y el hielo.

¡Oh desden! yo venciera  
Tu inexorable ceño,  
A secundar la noche  
Las ansias de mi pecho.

¡Noche! ¿por qué has huido?  
¡Dia! ¿por qué vinieron  
Tus importunos rayos  
A ocasionar mi duelo?

Sin tu fatal venida,  
Yo de mi ingrato dueño  
Triunfara, ¡ay Dios! yo fuera  
El mas feliz del suelo.



Debiera yo mi dicha  
De la vihuela al eco;  
Debiera yo á la noche  
Lo que al amor no debo.

ANACREONTICA IX.

Canta, Betina hermosa,  
De amor esas letrillas,  
Mientras sensible el alma  
Te escucha embebecida.

Dime que amas, dime  
Que me eres tierna y fina,  
Aunque finjido sea  
Lo que cantando digas.

Mi pecho se dilata  
Oyéndote, Betina;  
Tus ecos son mi gloria,  
Tus labios mi delicia.

Aunque con ellos mientas,  
Aunque con ellos finjas,  
No importa: soy dichoso  
Si una ilusior. me brindas.

ANACREONTICA X.

¡Oh, cuánto, prenda mia,  
Cuánto el amor propicio

Contigo estuvo! ¡oh, cuánto  
Al cielo le has debido!

Tu corazon fué siempre  
Del sentimiento abrigo;  
Tu corazon formado  
Por la ternura ha sido.

¿Quién á tu voz sonora  
Dar pudo tal prestigio,  
Sino el afan que ajita  
Tu corazon, bien mio?

¿Quién á mis tristes ojos  
Brotar el llanto hizo?  
¿Quién la calma volviera  
Al pecho combatido?

No fué tu voz; que nunca  
Su inmenso poderío  
Sin la espresion causara,  
Mi bien, tales prodigios

En vano de tus labios  
El eco peregrino  
Adular pretendiera  
El fatigado oido;

En vano correrian  
Tus manos el camino



Del diapason sonoro  
En rápido ejercicio,

Si el tierno sentimiento  
No animara los giros  
De tu voz, la presteza  
De tus dedos divinos.

Suene herida la cuerda;  
Pero en el punto mismo  
Responda al sù, el pecho  
Inquieto y conmovido.

Si el corazon que escucha  
Permanece tranquilo,  
De tu voz, y tus ecos  
¿A qué el sonoro trino?

La espresion, prenda amada,  
¡La espresion! vano ruido  
Sin ella al fin seria  
La vihuela al oido.

El vuelo sonoro  
Del fugaz esfrillo;  
Del travieso arroyuelo  
El armónico giro;

El arpa, el arpa de oro  
Que pulsa el ángel mismo,

En vano sonaria  
Sin la espresion, bien mio.

ANACREONTICA XI.

Tu mamá se ha quejado  
(Y en verdad que lo siento)  
De que olvidas, Betina,  
Los pasados progresos.

Dice que ya no cantas  
Cual cantabas un tiempo,  
Y que apenas estudias  
La leccion de solféo:

Y que olvidas á Aguado,  
Y que miras con tedio  
La guitarra, que apenas  
Te merece un recuerdo.

¿Es verdad? Yo, Betina,  
A decir lo que siento,  
Lo mismo que tu madre  
Hace dias que observo.

Bistraida pareces,  
Silenciosa te has vuelto;  
Si me miras, te turbas;  
Si te miro, te ofendo.



Tus doncellas me dicen  
Que perdiste ya el sueño  
Que tranquilo dormías,  
Y que ahora es inquieto.

¿Qué es aquesto, Betina?  
Yo deseara empero  
Que volvieras del canto  
Al pasado embeleso.

La vihuela fué un día  
Tu placer, tu contento:  
¿Por qué, dí, la condenas  
Al olvido funesto?

Vuelve en tí, que si miras  
Que la tratas con ceño,  
Pensarán otra cosa  
Habladores y necios.

Ya tu madre me ha dicho  
Que yo la culpa tengo,  
Porque ni sé reñirte,  
Ni mostrarme severo.

Y lo siento, repito,  
Porque va conociendo  
Que mas que la guitarra  
Amor te roba el tiempo.

ANACREONTICA XII.

Gracias, laud sonoro,  
Gracias, vihuela mia,  
Pues te debo mi gloria,  
Y mi paz y mi dicha.

Tú el desden has vencido  
De mi bella enemiga,  
Y de alumna en amante  
Convertiste á Betina.

¿Cómo fuera posible  
Que tras días y días  
De suspiros y penas,  
Desoyese mis cuitas?

No en vano á tus acentos  
Los moros recurrían  
Para ablandar desdenes,  
Para decir caricias.

No en vano contemplaba  
La bella Andaluza  
En cada mora bella  
Un ángel vihuelista.

Gracias pues, ¡oh vihuela  
Tuya es mi paz, mi dicha:  
A tí las horas debo  
Mejores de mi vida.